

# LA MANO DE CAIN

**N**O caigamos en el simplismo: Caín tuvo razones, muy sólidas razones, para matar a Abel. Sus razones eran suyas, sólo suyas, imperativamente propias, aunque no fueran válidas y aceptables para Abel ni para la sociedad de nuestros primeros padres. Todos los que delinquen, y aun los locos, poseen una rica gama de razones y de ideales impulsivos que los justifican ante sí mismos, y no es cierto, en general, que obren inmediatamente por oscuros impulsos irracionales de pura maldad. La deformación o la anomalía instintiva que guía la quijada de Caín, existe, sin embargo, en el fondo, pero es lo que conforma y nutre sus razones e ideales de consecuencias criminosas. Son las tales razones las que disparan la acción. Por ello es una dialéctica de razones ideales el instrumento utilizado sobre los estratos cainistas o psiquiátricos de una sociedad, para destruir la mediante el crimen fratricida.

Reiterado crimen español—siento decirlo—y aún de fácil provocación, tanto por la existencia de una veta panorámica de nuestro ser, como por la ingenuidad en la aceptación de aquellas razones, tan atractivas y vehementes en su apariencia.

Produce vivo dolor evocar, por ejemplo, cómo fué arruinado y destruido el intento industrializador de López Ballesteros, en los albores del XIX, incluso con el incendio de fábricas, que retrasó y desfasó, irremediadamente, cincuenta años el progreso del país, cuando todavía cabía marchar a la cabecera de Europa. E igual ocurrió en el siglo XVIII.

La tea y la quijada siempre hallaron manos españolas prestas a enarbolarlas en su tarea fratricida. Pero no lo hacían por maldad, no. Lo llevaban a cabo iluminados y embellecidos por los más altos, justos y radiantes ideales, de esos que requieren las máximas garantías de honorabilidad. Leed los documentos de la época, esmaltados de fraternidades, solidaridades, justicias y libertades, redactados por los victimarios. Tenían "sus" razones. Como Caín.

Claro que, buscando un poco, siempre se hallaba un beneficiario traspirenaico del crimen de Caín, y hasta el conducto o hilo sutil que les unía a turbios, o tontos, propagadores de las bellas razones aparentes.

¡Triste suerte la de los ingenuos países, donde se escuchan las voces ajenas interesadas, que suenan justo cuando las cosas van demasiado bien, pero cuyos alientos e incitaciones no se oyeron durante los siglos de miseria y decadencia! ¿Por qué no se dió la solidaridad e interés exteriores en 1939 y en los años que, ciertamente, sufríamos privaciones...?

Es incluso curioso cómo estamentos que crearon y tuvieron millones de esclavos de la gleba durante siglos y esquilmaron al país, descubren, de pronto, con perfecta y sospechosa orquestación, que sus ex siervos viven en condiciones intolerables... ¡precisamente cuando la mejoría es impresionante, y las perspectivas inmejorables! Parece licito preguntarse ¿por qué no hablaron y actuaron antes? O, mejor aún, ¿por qué crearon los siervos durante los siglos de su dominación omnimoda?

Uno vive totalmente al margen de la política hasta donde le es posible, en muy buena parte por la aislada singularidad de puntos de vista, y en otra por incapacidad temperamental para lo gregario, pero tal actitud no es obstáculo para renunciar al mínimo instinto del Bien Común y de la conveniencia del grupo nacional al que uno pertenece.

Por ello, no se puede permanecer insensible al triste dolor de España. A este dolor que produce la proliferación de caines, que sirven bellos, teóricos y razonados ideales... pero con sucios hechos y peores contubernios. Dolor por la ingenuidad de ellos, y anticipado dolor por este gran Abel que es el pueblo español, que recibe siempre el justo y certero golpe de quijada en el instante preciso que conviene a los ajenos y enemigos de todos nosotros, caines y abeles.

Y no son los pobres auténticos, con hambre milenaria de justicia; no son los pueblos y provincias con niveles de vida, extraeuropeos los que se innacientan. ¡Pobrecillos, si nacieran para Abeles...! La

recluta de Caines florece en las zonas más ricas, allí donde el progreso y elevación de vida fué más impresionante, entre los bien cebados "hijos de papá", tras las turbias filas de los pseudo intelectuales mimados, de entre los grupos custodios de las grandes riquezas en metales y piedras preciosas...

Durante este verano, España corre el "riesgo" de recibir de una sola vez el importe de cinco cosechas de naranjas. ¿Como tolerar que este año turístico el pueblo español se beneficie con quinientos millones de dólares y se consolide y acelere la mejoría del nivel de vida? Hay que hacer el esfuerzo preciso para impedir los beneficios de este plan Marshall que no nos regala nadie. Otros años, por iguales fechas, se intentó con la expedición del Campesino o las bombas en las consignas ferroviarias, y otros con unos cuantos crímenes sueltos contra turistas extranjeros. No bastó. Hay que jugar más fuerte y a fondo, porque además el riesgo es infinitamente mayor. ¿Qué hacer entonces? ¡Ah! Ahí están unos Caines, prestos a enarbolar la quijada traidora, y aun—menos respetables—una buena camada de seráficos "tontos útiles", con más miedo que lógica y memoria, lanzados al frenesí demagógico.

¿Qué pena y qué cólera producen las inhiestas quijadas cainistas!

Somos bastantes los que solemos estar casi siempre en desacuerdo con los gobernantes, un poco por temperamento anarquista y otro poco porque entendemos que la crítica es indispensable y útil; pero no creemos que tal actitud deba o pueda llevar, tras los raptos de ensueño y el miraje de ciertas bellas razones teóricas, a reiterar el crimen de Caín, triste delito español, hijo natural de los dos grandes riesgos del país: la soberbia y la envidia, tan eficazmente utilizados contra nuestra propia conveniencia y en provecho ajeno.

Ningún observador objetivo podrá pensar que los huelguistas, sus incitadores y sus solidarios, poseían un repertorio de medidas de política

económico-social capaces de aumentar una sola peseta el salario real, como tampoco nadie podrá negar los espectaculares avances conseguidos en la elevación del nivel de vida y el progreso económico del país.

La ilusión de ciertos sectores españoles por los sistemas de multiplicidad de partidos y plurisindicalismo olvida que tales estructuras sólo son un lujo, cada vez más escaso, que corona y se da, sin peligro y con viabilidad, en aquellos países que—aparte otras cosas—gozan de un elevado nivel de vida como condición básica y previa. Pero en ningún caso el partidismo en que desembocan ciertas fórmulas liberales es método o procedimiento apto para alcanzarlo. Y sirvan de ejemplo todos los países marxistas y los subdesarrollados que buscan la mejora del nivel de vida por rutas antiliberales y anti o pseudodemocráticas. Nosotros nos hallamos en un punto equidistante o medio, tanto en el desarrollo como en las estructuras y sistemas políticos, con paralelismo lógico y realista. Entonces, ¿para qué las quijadas cainistas? ¿De qué nos serviría el efímero sistema formal de partidos y sindicatos, ya ensayado con tristes recuerdos para todos, si no le daba contenido y viabilidad el nivel de vida económico?

Prescindiendo de las palabras enmascarantes y confusionarias, lo cierto es que la acción de los caines produciría unos hechos que no aportarían un adarme para el progreso económico y aun lo dificultan o enervan. Con lo cual, indiscutiblemente, se daña tanto el nivel de vida que se dice querer mejorar como las posibilidades de gozar unos sistemas políticos más acordes con los de los países ricos del Occidente.

Sencillo y sencillamente, ocurriría que una mezcla espantosa de ingenuidad y cainismo estaría al servicio sectario de quienes sólo pretenden que España no progrese, que no consolide sus avances y que no alcance un nivel europeo.

José María FONTANA